



De las cenizas a la vida
Mis memorias del Holocausto
Lucille Eichengreen

Traducción del alemán
de Alfonso Marín Guallar y Lola Porras García

Título original: *Von Asche zum Leben. Erinnerungen*, 1992

© Del texto, herederos de Lucille Eichengreen

© De la traducción del alemán, Alfonso Marín Guallar y Lola Porras García, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Christian Cruz

Diseño de colección: Ezequiel Cafaro

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán

Fotografía de cubierta: Cecilie Landau, 1939. © Archivo privado de Lucille Eichengreen

Fotografía de solapa de la autora: © Gudrun Meyer

ISBN: 978-84-18322-72-3

THEMA: NHTZ1, DNC

Depósito legal: M-2534-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Consulta en la web de la editorial la guía de lectura de este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Prólogo	13
1. Preludios. Hamburgo, 1933-1938	17
2. Benno. Hamburgo, 1938-1941	31
3. Sala. Gueto de Lodz, 1941-1942	51
4. Karin. Gueto de Lodz, septiembre de 1942	65
5. Szaja. Lodz, invierno de 1942-1944	75
6. Auschwitz. Polonia, agosto de 1944	107
7. El pañuelo. Campo de Trabajo de Dessauer Ufer (Hamburgo). Otoño de 1944	121
8. La Enfermería. Campo de concentración de Neuengamme (Hamburgo). Otoño de 1944	127
9. La Liberación. Bergen-Belsen, 1945	139
10. Displaced Persons Camp Bergen-Belsen. Abril-diciembre, 1945	151
11. Resurgir de las cenizas. Francia-América, 1945-1956	181
12. Cincuenta años después. Viaje a Alemania y Polonia, otoño de 1991	211
Epílogo a la edición española	233
Epílogo a la edición alemana	234
Apéndice	239

Para Dan, Barry y Martin

El pergamino se quema pero las letras ascienden a las alturas.

El Talmud

Prólogo¹

Porque eran judíos fueron deportados el 25 de octubre de 1941 desde su ciudad de origen. El gueto de Lodz fue el lugar de destino de 1034 ciudadanos de Hamburgo. Según el Registro de Víctimas Judías del Nacionalsocialismo de esta ciudad, publicado en 1995, de ese millar de personas solo dieciocho sobrevivieron a la deportación, al hambre, al exterminio a través del trabajo, a la selección y a los campos de la muerte.

Una de esas pocas supervivientes fue Lucille Eichen-green, fallecida el 7 de febrero de 2020 en California, su lugar de residencia. Lucille había nacido en Hamburgo el 1 de febrero de 1925 con el nombre de Cecilie Landau. Su emocionante libro da testimonio de todo aquello que tuvo que padecer y sufrir como niña, adolescente y mujer.

Su nombre familiar aparece junto al número 514 de la lista de deportados elaborada por la Gestapo de Hamburgo, y todavía hoy se conserva en el archivo municipal de la ciudad.

1 Pertenece a la edición original en alemán.

Allí está, entre el nombre de su hermana Karin, cinco años menor, y su madre Sara. Pero ¿y su padre?

En la lista falta el nombre del padre y esposo Benjamin Landau, importante comerciante de vinos. En octubre de 1941 ya había muerto. Asesinado. En octubre de 1938 había sido expulsado a Polonia por su condición de judío polaco. Tras su regreso, fue nuevamente encarcelado en el campo de concentración de Fuhlsbüttel, en Hamburgo, y, desde allí, deportado a Dachau. En febrero de 1941, dos agentes de la Gestapo arrojaron una caja de puros cerrada con una goma sobre la mesa de la cocina de la familia Landau. Las cenizas de un muerto en Dachau. Era la forma cruel e indigna de notificar una defunción por parte de la Gestapo.

Pero esta deliberada violación del duelo y ataque a la dignidad e integridad de la persona fue solo el comienzo de un largo e inimaginable padecimiento que, durante décadas posteriores, fue imposible de verbalizar. Cecilie Landau fue deportada con dieciséis años. Su madre murió como tantos otros. ¿Murió? Murió de hambre. Antes le hizo prometer a Cecilie que cuidaría de su hermana pequeña, Karin. Sin embargo, fueron violentamente separadas. Cecilie, desvalida y desesperada hasta perder el conocimiento, fue testigo de la deportación de su hermana pequeña de doce años. Tiempo después supo que Karin había muerto en Chelmno.²

Cecilie Landau, deportada de Lodz a Auschwitz, formó parte del indignante ritual deshumanizador de un campo de exterminio. Angustiosamente, describe la calculada humillación, la desnudez, el afeitado del cabello y las vejaciones de los vigilantes. Todo formaba parte del proceso intencionado de arrebató de la individualidad y de la dignidad humana. Cecilie superará la «selección» del temible Dr. Mengele y algunas semanas más tarde volverá a Hamburgo para

2 Campo de exterminio a setenta kilómetros de Lodz, Polonia.

realizar trabajos forzados en el campo de Neuengamme. Junto a otros prisioneros y en difíciles condiciones participará en la construcción de casas prefabricadas para la población víctima de los bombardeos sobre Hamburgo o en la reparación de los daños ocasionados por los ataques aéreos en el puerto. Su liberación le llegará tiempo después en el campo de Bergen-Belsen, cerca de Celle, próximo a Hannover.

En la primavera de 1945, los miles de prisioneros de ese campo tuvieron que sobrevivir miserablemente a la falta de alimentos y agua. Miles de ellos murieron a causa de una epidemia de tifus. Fue un verdadero milagro que Cecilie Landau sobreviviera también a ese horrible martirio.

Al colaborar con las tropas británicas en la localización, detención y acusación de antiguos miembros de las SS, vigilantes del campo de concentración exterior de Hamburgo, fue objeto de amenazas anónimas. Cecilie abandona Alemania y Europa y emigra a los Estados Unidos, en un viaje «de las cenizas a la vida». Su libro, sus tristes y conmovedores recuerdos son sinceros, directos y en ningún caso «adornados»; ni siquiera en el último capítulo, cuando describe el viaje realizado a Polonia y a Alemania cincuenta años después de la liberación. Sus observaciones, exentas de cualquier sentimentalismo, me impresionaron por su franqueza y naturalidad. Su testimonio no puede dejar indiferente a ninguna persona mínimamente sensible y racional.

Hoy en día, cuando algunos pirómanos intelectuales se permiten hablar de la «loca de Auschwitz» para liberar definitivamente a la República de Berlín³ del legado del nacionalsocialismo con la vieja y sempiterna exigencia de un definitivo punto final para volver a la normalidad política, libros como el de Lucille Eichengreen son de trascendental

3 Con este nombre se refiere a la actual República Federal de Alemania, unificada y con capital en Berlín.

significado. El número de supervivientes testigos de aquel tiempo decrece con rapidez. Las posibilidades de dialogar o conversar directamente con ellos son escasas. Por eso, testimonios como los de Lucille Eichengreen, que recomiendo especialmente a los jóvenes lectores, son cada vez más importantes.

RALPH GIORDANO⁴

4 (Hamburgo, 1923 - Colonia, 2014) Escritor, periodista y documentalista alemán, testigo y superviviente del Holocausto, al cual dedicó buena parte de su obra.

1

Preludios

Hamburgó, 1933-1938

NUBES

El sol dejó de brillar.
Insignificante,
pequeña,
joven e inocente,
abandoné mis juego infantiles.
Intensos colores hirieron mis ojos,
el cielo se tiñó de gris,
oscuro y amenazante.
Me rodearon los rumores,
y mi mundo se puso del revés.
De pronto era una niña rechazada.
¿Por qué?

Incapaz de comprender,
sonreí cuando el miedo me hizo un nudo en la garganta.
¿Miedo? —pregunté—. ¿De qué?
Pero no encontré respuesta.

Papá se inclinó sobre mi cama y me besó en las mejillas.

—Hora de levantarse, Cecilie.

—Por fin —suspiré aliviada.

Había echado de menos el acostumbrado viaje a Sambor, en Polonia, a casa de la extensa familia de mi madre. En lugar de eso, esta vez habíamos pasado todo el verano en Bad Schwartau porque tenía que tomar baños y medicación para tratarme la grave afección de garganta que me había tenido casi todo el invierno en cama. Llegamos a principios de junio y ya estábamos a finales de agosto. Habían sido tres largos meses.

Bad Schwartau no estaba lejos de Lübeck y era un lugar frecuentado sobre todo por personas mayores. Yo no lo podía soportar. Karin, mi hermana, se sentaba con frecuencia en mi cama y me hacía compañía mientras que yo tenía que estar allí, descansando. Pero la compañía de una niña de tres años, cinco menos que yo, no me resultaba suficientemente entretenida. Lo único bueno de aquella estancia en Bad Schwartau fue que el aburrimiento me empujó a leer. Leía todo lo que caía en mis manos. A pesar de ello, estaba harta, quería ir a casa, ver a mis amigas y volver al colegio.

Me senté sonriente en la cama. Papá estaba feliz. Él sabía las ganas que tenía de regresar a nuestro hogar.

—¿Cuando coloque todas mis cosas en la cama, mamá y tú las pondréis en la maleta? —le pregunté.

Papá asintió. Al mediodía estaban ya todas las maletas en la entrada.

—Listo —dijo papá—. ¿Tomamos por última vez un café en el jardín? Así le damos las gracias al señor Becker por su amabilidad al alquilarnos la casa este verano.

Mamá, que llegaba en ese momento con su traje de viaje de lino azul, estuvo de acuerdo. Karin y yo nos peinamos rápidamente, nos lavamos las manos y bajamos al jardín.

El señor Becker era el propietario y administrador de la casa, el jardín y los establos. También se dedicaba a la

cría de caballos. Cuando se dio cuenta de que me interesaban estos animales me permitió, de vez en cuando, montar una yegua marrón muy mansa. Él trataba con mucha ternura a los caballos y me explicaba con paciencia cómo debía colocar la silla, sujetar las riendas y utilizar los estribos.

El señor Becker era pequeño, corpulento y muy alegre. Tenía la cara colorada, ojos azules y escaso pelo rubio. Yo le caía bien y él me mostraba su cariño pellizcándome las mejillas cuando me veía. Aunque me disgustaba notar sus dedos en mi piel, nunca me atreví a quejarme. Pero esta vez no me importó ir al jardín a despedirnos de él; pensé que, al fin y al cabo, al día siguiente estaríamos en casa.

La mesa redonda estaba bajo un sauce, cubierta con un mantel rosa sobre el que había un servicio de café de porcelana y, en el centro, un plato con una tarta de fresas. El sol brillaba, soplaba una ligera brisa y yo me sentía feliz. El señor Becker estaba allí esperándonos. Cuando llegamos, se levantó y nos pidió que nos sentáramos. Atento y sonriente, con el rostro más sonrojado de lo habitual, se le veía entusiasmado y desprendía muy buen humor. Al pellizcarme las mejillas, me estremecí y le miré como si le viera por primera vez. Su cuello se hundía entre los hombros y la corbata parecía estar ahogándole. Llevaba una chaqueta estrecha. El sudor le caía por la frente; tenía el pelo ralo desordenado y los ojos muy saltones. Se notaba que no estaba cómodo con ese traje. Además, olía a cerveza. Realmente ofrecía un aspecto muy desagradable para cualquier persona que lo viese y en especial para una niña de ocho años. En ese momento experimenté un fuerte sentimiento de rechazo hacia él, pero no me atreví a decir nada.

—Muchas gracias por el alquiler de la casa y por habernos permitido ser sus huéspedes durante estos tres meses —comenzó a decir mi padre.

El señor Becker contestó muy locuaz:

—Eso espero, señor Landau, que usted y su familia hayan estado aquí a gusto y que regresen el próximo año.

—Sí, lo consideraremos. Ahora tenemos las maletas preparadas y nos vamos ya.

El señor Becker asintió. Se notaba que quería decir algo más.

—Señor Landau —se animó finalmente—, ¿no cree usted que desde la llegada de Hitler al poder a principios de este año, la situación en Alemania ha mejorado?

Silencio absoluto. El señor Becker hizo una pregunta que papá pasó por alto y no contestó. El señor Becker continuó hablando.

—La economía va mejorando, el paro está disminuyendo y nuestros servicios sociales han aumentado. Además, Hitler se va a ocupar especialmente de los judíos.

Silencio otra vez. Solo se escuchaba nuestra respiración. Papá parecía indignado. Se levantó y se apoyó tan fuertemente en el borde de la mesa que sus nudillos se volvieron blancos.

—Señor Becker —dijo papá muy tranquilo y frío—, yo soy judío. Nosotros somos judíos.

La indignación de papá me asustó, pero no entendía de qué estaban hablando. El señor Becker se quedó mudo, no sabía qué decir. Su cara se puso de color rojo oscuro.

—Sí, claro —tartamudeó—, no me refería a usted, por supuesto que no, yo hablaba de los otros judíos. Ustedes no son como ellos...

Mi padre no le permitió continuar hablando. Nos cogió a Karin y a mí de la mano y, dirigiéndose a mi madre, abandonamos con prisa el jardín; recogimos rápidamente el equipaje y enseguida llegó un taxi para llevarnos a la estación.

Poco después, ya sentados en el tren que nos llevaba a Hamburgo, escuché en la conversación de mis padres una palabra que nunca antes había oído: *antisemitismo*.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté.

—¿Qué palabra? —dijo mi padre.

—Antisemitismo —repetí con esfuerzo.

La respuesta de mi padre fue breve, casi abrupta:

—Solo la gente estúpida es antisemita. Odian a los judíos sin ninguna razón para ello.

No entendí nada, pero papá volvió a su periódico, dejándome claro que no quería seguir hablando del tema. Yo no lo entendía. Sabía que nosotros éramos judíos, que teníamos tradiciones judías y que yo iba a un colegio judío. Debía haber alguna relación... pero qué tenía que ver ese odio con nosotros. Quería seguir preguntándole. Me acerqué más a mi padre y le tiré de la manga. Por fin reaccionó.

—Por favor, lee tu libro —me pidió—, eres demasiado pequeña para entenderlo y ya te he dicho todo lo que tú debes saber.

Nunca antes había visto a mi padre tan alterado. El antisemitismo debía ser algo horrible, pero ¿por qué? ¿Qué significaba que «Hitler quisiera ocuparse de los judíos»?

—Por favor, habla conmigo —le pedí. Papá me besó en la cabeza.

—Algún día —dijo él— serás lo suficientemente mayor para entenderlo. Poco después mi madre se me acercó y me abrazó.

—Ahora que Karin está dormida —me dijo en voz baja— te quiero contar lo que yo recuerdo del antisemitismo. Tú sabes que yo nací y crecí en Sambor, y que tenía cuatro hermanos y tres hermanas, todos mayores. Yo tendría entonces tu edad, quizás un poco menos, cuando un día escuché a los vecinos que gritaban a través de las puertas abiertas: «¡Un nuevo pogromo! ¡Rápido, esconded a las niñas!».

—¿Qué es un pogromo? —pregunté.

—Se llama pogromo cuando algunas personas se juntan para hacer daño a los judíos. Destrozan y queman sus casas,

hieren a gente inocente. Mis hermanos y hermanas sí sabían lo que era un pogromo. Se acordaban de que ya había ocurrido otras veces. Yo era demasiado pequeña para acordarme. Entonces, mi madre me ordenó enérgicamente estar callada y me escondió en el horno de la cocina. Tuve que quedarme allí mucho tiempo, hasta que los alborotadores se fueron.

—¿Quiénes eran los alborotadores?, ¿esa gente que hacía eso? —pregunté.

—Son gente mala, a veces son soldados, otras veces son granjeros, gente que odia a los judíos y quiere matarlos. A ese odio se le llama antisemitismo.

Durante un rato estuve pensando en ello para intentar comprenderlo.

—Debía ser verano, pues te pudiste esconder dentro del horno —expliqué con la sagacidad de una niña de ocho años.

—Sí, Cecilie. Tienes razón. No me había dado cuenta de ello.

Eso fue todo lo que mi madre me quiso explicar. A mí no se me ocurrían más preguntas, aunque no entendí muy bien lo que me había contado.

Durante las semanas siguientes me olvidé de toda la historia de los pogromos y del antisemitismo. Regresé a mi vida de colegio, a estudiar y a jugar con mis amigas. Pero a mediados de curso, en 1934, volví a acordarme de la historia de mi madre, del señor Becker y de la palabra *antisemitismo*.

Era algo extraño. Niños a los que conocíamos desde hacía años y con los que siempre habíamos jugado nos gritaban de pronto: «¡Sucios judíos!». Escuchábamos estas expresiones por todas partes: en el parque, en las tiendas, en la calle. Incluso niños que no conocíamos nos gritaban también de forma ostensible e intencionada cosas como «cerdos judíos», «muerte a los judíos» o «judíos comunistas». Los vecinos no judíos aparecían con el uniforme marrón de las SA⁵ o con el

5 Sturmabteilung: Milicia voluntaria vinculada al Partido Nazi.

uniforme negro de las SS,⁶ marchaban con sus botas negras con paso firme por las calles. Bebían mucho, gritaban «Heil Hitler» y vociferaban contra los judíos. Ahora ya no nos decían «buenos días» ni «buenas noches». ¿Era esto a lo que el señor Becker se refería con lo de que «Hitler se ocuparía de los judíos»?

Cambiaron las banderas de nuestra calle y también las de la Lindenallee, donde estaba la tienda y el almacén de mi padre. En muchas ventanas del vecindario aparecieron banderas con la cruz gamada. Antes, lo normal en nuestro barrio era ver las banderas nacionales (negra, roja y dorada) y, en algunos barrios obreros, las banderas rojas con la hoz y el martillo. Cuando una vez pregunté por qué habían cambiado, me explicaron que era la única permitida por las autoridades. Si ondeaba una de las banderas antiguas, les multaban.

Cada vez se percibían más señales de hostilidad hacia los judíos. Yo fui desarrollando un sentimiento permanente de miedo difuso. Incluso en nuestro entorno más cercano, con familiares y amigos, había un ambiente tenso y sombrío. Sin embargo, como niña aún había muchos días en que la vida me parecía feliz y me olvidaba de los insultos. Hasta que de nuevo me encontraba gente en la calle que me humillaba y me gritaba «¡judía!». Incluso mi camino al colegio, a través del parque de Sternschanze, de la calle Rentzel, hasta llegar al número 35 de la calle Carolin, se me hacía cada vez más largo e incómodo.

Pronto el colegio dejó de ser para mí un refugio. También allí empezaron a ser insoportables las muestras diarias de nuestra excepcional situación. Nuestros profesores nos pedían constantemente que permaneciéramos callados en los autobuses y los tranvías, que evitáramos hablar con

6 Schutzstaffel: Organización militar, política, policial y de seguridad al servicio de Adolf Hitler y del Partido Nazi.

los niños de nuestro barrio, que en ningún caso entráramos en peleas e intentáramos llamar la atención lo menos posible. Estas advertencias me hacían pensar que debíamos ser invisibles. ¿Por qué? ¿Porque éramos niños o porque éramos judíos? Nunca estuvo claro para nosotros y nunca nos contestaron a estas preguntas. Al final, nos adaptamos inevitablemente a estas nuevas reglas. Pero yo nunca pude dejar de hacer preguntas. ¿Por qué nos insultaban los vecinos? ¿Por qué nos escupían? ¿Por qué nos odiaban? ¿Por qué tenía yo que ir al colegio judío que estaba lejos cuando en mi barrio había otro colegio?

—Bah, todo esto pasará —intentó tranquilizarme mi padre—. Igual que los pogromos en Rusia. Y tu colegio es mucho mejor que los colegios de nuestro barrio. Te gustará.

Pero sus respuestas no me tranquilizaban. Al año siguiente, en 1935, empeoraron mis notas escolares. No me podía concentrar en el estudio y me preocupaba, sobre todo, lo que la gente pensara o dijera de mí. En casa, mis padres hablaban muchas veces entre susurros o en polaco, de manera que no entendía lo que decían. Pregunté si podría aprender polaco, pero mi padre dijo que con inglés y francés ya era suficiente.

Empecé a llorar cada vez con más frecuencia y sin motivo aparente. En ocasiones, cualquier pequeño comentario me hacía estallar en lágrimas. Yo sabía que mis padres estaban disgustados por mis malos resultados escolares. En un intento por ayudarme me proporcionaron clases particulares que apenas mejoraron mis calificaciones. El problema no radicaba en mis capacidades, sino en la pérdida de confianza en mí misma. Estaba atrapada por el miedo, las preocupaciones y la imposibilidad de comprender lo que estábamos viviendo. Ese mismo año, mi hermana Karin comenzó el colegio. Ella también vino a la escuela judía. A este centro escolar venían cada día niños de barrios muy

lejanos, incluso de otras localidades. La escuela se encontraba situada en un barrio pobre, habitado por familias de clase obrera que nos trataban con bastante antipatía. Algunos vecinos de las casas que daban a nuestro patio se asomaban con frecuencia a las ventanas para gritarnos frases obscenas que siempre terminaban con la palabra *judíos*.

A partir de 1936, viajamos de vacaciones a Dinamarca y nunca más a los lugares alemanes que antes frecuentábamos, como Duhnen o Wyk auf Föhr. Aunque era niña, me daba cuenta de la gran diferencia que había entre Dinamarca y Alemania. Los daneses eran mucho más amables con nosotros. Se reían con más frecuencia, tenían una comida rica y abundante y, sobre todo, había helado. Volver a Alemania, en ese ambiente oscuro de rechazo, se me hizo cada vez más difícil, pero al final nos acostumbramos a esa vida cotidiana, o eso creíamos.

Mientras tanto, nuestros viajes regulares a Polonia a visitar a la familia de mi madre habían propiciado una relación muy cariñosa y de confianza entre mi abuela y yo. Aunque apenas comprendía sus palabras en yidis, me fui encariñando más y más con ella. Tenía una tienda y me encantaba escucharla hablar con los clientes. La seguía a todas partes como un perrito. Cuando yo me quedaba mirando el escaparate con los caramelos rojos, ella se daba cuenta y me daba dos o tres mientras se ponía el índice en los labios, indicando que debía quedar como un secreto entre nosotras. Ella sabía que mi madre no me permitía comer dulces entre las comidas. Detrás de la tienda, mi abuela tenía un huerto magnífico, enorme, con largas hileras de verduras. Y junto al huerto había enormes campos llenos de amapolas rojas. Me encantaba arrancarlas, poner las semillas en la palma de mi mano y comérmelas.

A veces, de forma casual, escuchaba a mi abuela hablar con mis padres. No podía comprender todas las palabras,

pero sí me daba cuenta de que mi abuela nos envidiaba porque vivíamos en Alemania, un país con buenos colegios y condiciones de vida confortables. No se podía comparar con la pobreza de los judíos polacos.

—¿Pero qué me dices del antisemitismo? —preguntó mi padre.

Ahí estaba de nuevo esa palabra. Escuché con atención la respuesta de mi abuela con la esperanza de, por fin, poder entenderla.

—Es algo que siempre ha estado allí —empezó a decir—, no conocemos otra cosa. Ya os acostumbraréis y os daréis cuenta de que se puede vivir con ello.

La abuela sonaba segura y convincente. Y a mí me surgían nuevas preguntas. ¿Por qué es normal el odio a los judíos en Polonia? ¿Por qué nos tenemos que acostumbrar a ello en Alemania? Preguntaba y preguntaba y siempre obtenía la misma respuesta: «¡Ese no es un tema para niños!». Pero sí era un tema para mí, pues no dejaba de pensar en ello. El antisemitismo se había metido en nuestra vida.

En otoño de 1937, los administradores de la finca de la calle Hohe Weide 25, donde estaba nuestra vivienda, decidieron que los judíos ya no eran vecinos aceptables.

Junto con otras familias judías fuimos obligados a abandonar nuestras casas y nos trasladamos a un edificio que pertenecía a un judío, el señor Heilbut, en la Hoheluft-chaussee. La nueva vivienda no era tan grande como la anterior y el vecindario era muy diferente. Se trataba de una zona de tiendas con mucho tráfico, en comparación con el barrio residencial de donde veníamos. Para mí, nuestro traslado forzoso representó una nueva muestra del odio a los judíos. Ni siquiera mi familia se podía proteger contra este odio. Pero ¿por qué los alemanes nos odiaban tanto? ¿Qué habíamos hecho? Yo percibía cada vez más ese antisemitismo que aumentaba mi miedo e inseguridad.

A partir de 1937, nuestro colegio tuvo que adaptarse a las nuevas leyes e instrucciones. Las autoridades alemanas exigían que se publicasen listados con los nombres, la dirección y la nacionalidad de los padres de todas las alumnas. Nos fueron llamando a cada una. Teníamos que ponernos de pie para dar todos los datos a la profesora. Cuando cada una de nosotras tuvo que decir en voz alta su dirección, nos dimos cuenta de que procedíamos de barrios muy diferentes, de barrios humildes y de barrios muy ricos. Aunque éramos niños, conocíamos esas diferencias, ya sea porque nos las habían dicho nuestros padres o porque las habíamos percibido de forma instintiva. Grindellallee, Rutschbahn y Bornstrasse eran zonas acomodadas donde vivían judíos adinerados. Mis padres nunca me habían explicado estas diferencias, supongo que lo aprendí de mis compañeras de clase. Lo peor fue entender la pregunta sobre la nacionalidad. Nunca había pensado en ello. Solo sabía que mis padres vivían desde 1921 en Alemania, que éramos polacos y que teníamos pasaportes en regla. Cuando me tocó a mí, di estas informaciones con cautela: Cecilie Landau, Hoheluftchaussee 25, de nacionalidad polaca.

Mis compañeras empezaron a reírse. Pero ¿por qué? ¿Por qué era divertido que fuera polaca? No comprendía nada. Al día siguiente escuché a varios profesores y a algunas compañeras decir que los judíos polacos eran sucios, incultos y que no tenían nada que ver con los judíos alemanes. ¿Era tan importante el lugar donde alguien había nacido y donde vivía? ¿Era importante si alguien era rico o pobre? Que mis compañeras se rieran de mí considerándome una persona marginada fue algo doloroso y humillante. ¿Qué había hecho yo? Algunas niñas me dijeron que sus padres ahora no estaban seguros de si yo podía jugar con ellas. Estaba muy triste. El dolor, las humillaciones y mi inseguridad eran cada

vez mayores. Primero fueron los vecinos no judíos, después gente desconocida en la calle, y ahora ¿mis propias compañeras de clase? Lloraba cada vez con más frecuencia, tanto si estaba sola como si había gente.

Una noche, cuando Karin ya estaba acostada, mi padre me pidió que fuera a su despacho. Me di cuenta de que pasaba algo.

—Cecilie —empezó mi padre—, ¿has oído hablar del traslado de niños a Inglaterra?

—Oh, sí. En el colegio —contesté yo.

—Tenemos la oportunidad de apuntarte y que puedas ir allá —dijo mi padre con voz neutra.

Yo estaba tremendamente sorprendida. ¿Querían perderme de vista?

—¿Por qué? —pregunté.

—Muchos niños van a Inglaterra. La vida allá sería mucho mejor para ti.

Yo no entendía nada, solo que tenía que separarme de mis padres. Sentí pánico.

—¡Nunca! ¡Nunca me iré sola!

—¿Tampoco aunque vayas con cientos de niños? —preguntó mi padre.

—Los otros niños me dan igual. ¡No quiero irme sola!

Estaba tan alterada que casi no podía hablar. Mi madre me abrazó.

—¿No quieres pensar un poco sobre ello? —insistió mi padre.

—¡No! ¡Nunca! ¿Por qué quieres que me vaya?

Salí corriendo de la habitación y me tiré llorando sobre mi cama. Mamá vino tras de mí para consolarme, y dijo:

—Por favor no llores. No vamos a obligarte. Pensábamos que era una buena idea.

Me besó y salió del dormitorio. Las razones por lo que eso podía ser una buena idea no me las dijeron. Yo no me

podía imaginar lo que me esperaba en Inglaterra. Solo pensaba en que estaría separada de mi familia, totalmente sola. El miedo me paralizaba. Horas después, tras haberle dado mil vueltas atormentándome con la idea de ir a Inglaterra, llegué a una conjetura sobre su posible significado. ¿Sería porque en Alemania no había esperanza para los judíos? Me parecía que mis padres vivían en una contradicción. Frente a nuestras experiencias cotidianas, frente a los indicios de odio y miedo que limitaban nuestra vida, ellos nunca perdían la esperanza. «La situación no puede continuar así. ¡Todo irá mejor!», decían siempre ellos. Mis padres no podían creer que el odio pudiera aumentar más. Para mí, había una salida: abandonar Alemania, ¡pero nunca sola!

En 1938, mis recuerdos de los años anteriores a 1933 casi habían desaparecido. Yo ya no me acordaba de mi vida sin miedo, sin miradas de odio en la calle, sin el insulto «judía». No recordaba mis años de infancia felices y sin preocupaciones, las travesuras y la diversión. La vida parecía haberse convertido en una constante amenaza. Cada vez había menos momentos en los que pudiéramos imaginar que afuera no hubiera peligro ni odio. Los niños intentábamos no darnos cuenta de las caras tristes que tenían nuestros padres y queríamos creer que al día siguiente todo podría volver a ir bien. Aunque en casa nos sentíamos seguros, el mundo de fuera era cada vez más amenazador. Mi compañera de clase, Ruth Moses, que vivía al otro lado de la ciudad, había sido brutalmente apaleada por seis chicos de las Juventudes Hitlerianas cuando regresaba a casa. ¿Había ocurrido aquello por el antisemitismo? ¿Me pasaría a mí también por ser judía? ¿O porque iba a una escuela judía? Yo rezaba para que pudiéramos emigrar a Palestina, como las familias Baer y Popper. Muchas noches no podía dormir, atrapada por la angustia. Al mismo tiempo no sabía de qué tenía miedo. ¿De la oscuridad? ¿De los insultos? ¿De los niños del vecindario o de sus

padres? Me acordé de Bad Schwartau y de la mesa redonda en el jardín bajo el sauce, el sol cálido, el mantel rosa, la tarta de fresas y el señor Beckers Lebewohl: «¡Hitler se ocupará de los judíos!». Cinco años antes, *antisemitismo* solo era una palabra, ahora era una fuerza poderosa que determinaba nuestra vida. ¿Tenía razón mi padre cuando dijo que los antisemitas eran estúpidos? Pero qué importaba que fueran estúpidos. Yo seguía teniendo miedo, y no solo de los alemanes que me rodeaban. Había algo más. Algo que no se hablaba, algo confuso, algo que estaba por venir.